

# CARRER DE LA CIUTAT

## REVISTA DE ARQUITECTURA

Nº NOVIEMBRE 1977

escola  
técnica  
superior  
d'arquitectura  
sabadell  
ferrassa

biblioteca

PRECIO

PESETAS

R. 2972

### Arquitectura de izquierdas

Cuando el cambio político se ha producido o las nuevas condiciones hacen más verosímil la posibilidad de que se produzca, surgen o se intensifican las reflexiones que desde los diferentes campos del conocimiento, de la estética, de la producción artística, tratan de situar el papel de cada dominio específico en el proceso de cambio y su capacidad para acelerarlo, seguirlo de cerca o, simplemente no interferirlo. Problemas exclusivamente teóricos hasta hace poco parece que, ahora, cobran actualidad y relevancia: salen del terreno de la hipótesis para entrar en el de la realidad.

Es, precisamente, una asumida complicidad con el rito, la razón por la que, aquí, se plantea ahora como tema de reflexión el de las relaciones entre arquitectura y política inherentes a los significados más compartidos del enunciado "arquitectura de izquierda".

No pretendo incomodar a los escolásticos al proponer como tal "la arquitectura que promueve, expresa o se inscribe en los criterios de producción propugnados por las opciones políticas consideradas de izquierda". Pero, independientemente de esta u otra definición axiomática que trate de establecer los límites conceptuales o ideológicos de tal arquitectura, existe otra vía de aproximación a ella que, por cuanto corresponde a conductas generalizadas e identificables en el pasado más próximo, interesa más al propósito de estas notas.

En relación con aspectos diversos referidos a producción, gestión, estilo, etc., se ha considerado de "izquierda" a:

-la arquitectura que hace de la construcción su parámetro determinante, en base a la posibilidad de ser controlada por procedimientos "científicos" frente a aquella que sitúa en la forma su campo específico de estudio;

-la que está controlada por una gestión popular, frente a la promovida por el capital;

### La ciudad futura.

Lejana y borrosa, en el horizonte de las ideas que serán realidades en un mañana tal vez más próximo de lo que creemos, se nos aparece la silueta de la ciudad futura, con cúpulas bulbosas y torres extrañas de un orientalismo nórdico, reminiscencias de esa lejana y fecunda Rusia que es hoy la preocupación de tantos espíritus.

Las evoluciones artísticas son generalmente más lentas que las ideológicas y no siguen ambas una marcha paralela. Las nuevas normas sociales se dictarán aún durante mucho tiempo desde edificios construidos con las mismas estructuras del régimen burgués.

Con el transcurso fatal del tiempo, probablemente una transformación social tan honda como la que se inicia, irá renovando las distintas formas de la civilización, y entre ellas, la arquitectura. Evocando la historia napoleónica, puede adivinarse en el porvenir una transformación de Europa más radical que la propagada por los ejércitos de Bonaparte. Muy poco aportaron a la arquitectura de nuestras ciudades—la urbanización de Madrid es una excepción—los invasores del año 8; no es de suponer que los conquistadores futuros, si algún día llegan a este rincón de Europa, ejerzan mayor influencia en la construcción.

Nuestra fe en la marcha progresiva de la Humanidad, nos hace ver en el porvenir una arquitectura que será cada vez, dentro de formas simples, de más complejidad y diferenciación. Pero si el mejoramiento de los parias, de los que hoy sufren y padecen en la miseria y en la injusticia, exigiere el día de mañana la formación de una ciudad uniforme y monótona en la que todo el mundo tuviera un albergue higiénico y cómodo, habría que aceptar la fórmula arquitectónica que la nueva vida nos aportaba, y tratar de expresar con ella constructivamente el ideal de las muchedumbres redimidas.

Y de vez en vez, las gentes de espíritu viejo, educadas en una estética antigua, atraídas tal vez por el espíritu nuevo, pero sintiendo el amor de la pretérita lejanía, iríamos a los rincones apartados que quedasen entonces a contemplar una arquitectura rudimentaria y primitiva, ignorante de sí misma, como la de nuestras pobres aldeas actuales.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS,  
Arquitecto.

Medina del Campo, Agosto de 1920.

-la que resulta de una actividad intelectual colectiva, frente a la producida por una "mente aislada";

-la que se resuelve, cualitativa y cuantitativamente, en el ámbito urbano—por su proximidad a problemas estructurales—, frente a la que, en el ámbito del simple objeto arquitectónico está más controlada por principios superestructurales;

-la que por su temática—vivienda obrera, edificio de uso público, etc.— contribuye a resolver "problemas reales", frente a la que por la suya—vivienda de lujo, edificios representativos de instituciones etc.— sólo sirve a necesidades superfluas;

-la que por el carácter objetivo pragmático, "simple", de su estilo se aproxima a la idea de "estética proletaria", frente a la que, en tanto que subjetiva, sofisticada y ornamental, constituye la máxima expresión de la estética burguesa.

Cada uno de estos pares permite—merece— una discusión que, obviamente, no voy a plantear ahora. En cambio, la identificación de algunos aspectos que subyacen en la mayoría de ellos pone en evidencia tanto la actitud ideológica desde la que se producen como los efectos que, en tanto que propuestas, tienen en el sistema económico que tratan de contestar.

Un primer rasgo común es el hecho de plantear—explícita o implícitamente— una arquitectura de "izquierda" como antitética de la arquitectura burguesa: la necesidad de elaborar un contramodelo—forzosamente teórico, ya que se produce en condiciones de producción adversas— capaz de suponer, en cambio, una alternativa real a la arquitectura establecida. Asumir una capacidad de propuesta inmediata, en arquitectura, que en el ámbito de la política general sólo se alcanza tras la articulación

de estrategia y tácticas con objetivos a medio y largo plazo.

Una segunda característica se relaciona con la prioridad dada a la producción material respecto a la producción teórica. La desconfianza en la cientificidad de esta última -tanto por la posibilidad de contaminación por la cultura burguesa, en cuyo marco deberá producirse, como por su propia naturaleza superestructural- aconseja aceptarla sólo en aquellos aspectos cuya inmediata traducción en la práctica impiden cualquier "infiltración ideológica". La creencia generalizada en el control científico de las técnicas productivas y su incidencia en los aspectos estructurales de la sociedad soportan, en cambio, las tesis productivistas.

Por último, es común a la mayoría de las conductas a que me he referido el hacer abstracción de la estructura socioeconómica actual, como contexto que influye decisivamente en el significado ideológico de cualquier propuesta alternativa producida en su interior: ignorar los "pasos intermedios" y partir de la hipótesis de una situación de cambio social consumado.

Sobre una base idealista -adoptar la ficción social como referencia para el pensamiento y la acción- se apoya un esquema ingenuo, burdamente materialista -no es otra cosa la exaltación de la práctica productiva en una sociedad de estructura capitalista y la desconfianza en la dimensión subversiva de la práctica teórica- con la pretensión de contrarrestar una arquitectura que, ésta sí, responde a las bases materiales de producción y a los intereses del capital que la controla. En definitiva, se reduce la arquitectura a su dimensión estructural, a aquellos aspectos que la relacionan con la producción y, por medio de un trámite estético, por lo común moralizante, casi evangélico, se establece en el "espacio del capital", con más carácter de utopía que de mito, la arquitectura del futuro socialista.

Con todo ello "el capital" va recibiendo notables aportaciones teóricas e ideológicas, que no siempre sabe agradecer: observa, entre sorprendido y fascinado, como se le otorga el dominio de la teoría -"secularmente vinculada a sus intereses"-, con lo que la reproducción de su ideología se opera con más impunidad; ve con agrado lo bien intencionado de las reivindicaciones y propuestas de una institución que hace tiempo ha dejado de serle útil; con claros indicios de euforia, no desprovista de sorna, presencia como, a la legitimación estética de sus necesidades de desarrollo -último privilegio que todavía conserva la vieja institución arquitectónica-, los "sectores políticamente más progresivos de la profesión" añaden una nueva

plusvalía: la que produce la legitimación ideológica.

Entender los fenómenos culturales como respuesta inmediata a la situación estructural: tal es el principio fundamental para el materialismo economicista. Aquí hay más: no tan sólo se acepta el principio sino que se invierte en la propuesta: se infieren los aspectos superestructurales de una arquitectura que se supone determinada por unas condiciones socioeconómicas, a su vez, hipotéticas. El arquitecto es el encargado de efectuar tal operación. Su papel intocado permanece, el escenario es el mismo, sólo cambia el sentido -político- de su actuación -ideológica-, no su naturaleza.

Esta situación sólo podrá evitarse recuperando la dimensión crítica del conocimiento, interrumpiendo el proceso que relaciona mecánicamente idea-proyecto-acción: reivindicando la condición "metafísica" -no ciega- orientada a su explotación en la práctica- de la teoría arquitectónica. Estableciendo el terreno de la crítica de la ideología como el lugar privilegiado de las relaciones entre arquitectura y política.

Sólo así carece de sentido hablar de una arquitectura de izquierda como la propia de una futura "sociedad liberada" y del arquitecto de izquierda como garante de la "pureza" de tal anticipación. Sólo la crítica puede introducir una actitud de clase en la arquitectura, lo que por otra parte no impide que deba considerarse como "...una actividad transitoria, dependiente de las condiciones históricas en las que se desarrolla actualmente la lucha de clases, entrando sólo en segunda instancia en la articulación de tal lucha, pero que sólo podrá alcanzar sus propios objetivos mediante una consciente, paciente operación, tanto más útil cuanto más consciente sea de su propia, objetiva e incontestable ambigüedad".

Helio Piñón

## La ciudad como vanguardia: aprendiendo todavía de la Viena Roja

Encontramos frente a otro discurso sobre los Höfe vieneses no es novedad; de las lecturas más estrictamente disciplinares a las más desmitificadoras, la política residencial llevada a cabo por el Ayuntamiento socialdemocrático de Viena (1919-34) ha sido tema de reflexión en la cultura arquitectónica de los últimos años: los textos de Aldo Rossi y Carlo Aymonino se encontrarían entre las primeras, los de Manfredo Tafuri entre las segundas. Lo nuevo es el intento de conciliar dos modelos residenciales, el Hof y la Siedlung, para "reinscribirlos en el orden de las necesidades actuales de la arquitectura y del urbanismo". Tal es el propósito del artículo de Cristina Conrad y Alain Arvois recientemente aparecido en el número 41 de la revista "Architecture-Mouvement-Continuité".

Con la pretensión de encarar la crítica desde supuestos "completamente externos a una historia de la arquitectura que se describiese a sí misma", los autores intentan contraponer la "modernidad radical" de la experiencia vienesa en el campo de la vivienda a esa otra "modernidad", la del Movimiento Moderno, visto a través de la Siedlung como su modelo urbano residencial por excelencia. Si el Movimiento Moderno está en avance, dicen Conrad y Arvois, es en el interior de un retraso: el retraso que lleva consigo el rechazo de la ciudad. Tal es justamente el tema fundamental que consideran en los Höfe, esto es: "la asimilación crítica de la ciudad existente" como raíz de su modernidad; de esta forma avance de una experiencia y retraso de la otra vendrían a coincidir.

Siedlung, pues, como forma de vivienda obrera "extraurbana", frente a Hof como "parte de ciudad". Ciudad como avance y no-ciudad como retraso. Sin embargo confrontar a ese nivel ambas experiencias corre el riesgo de reducir y mixtificar, otra vez (Ernst May y Hans Schmidt ya habían escrito, en los años 30, que la "ciudad por partes" es la "ciudad capitalista", mientras que la compacta es la "ciudad socialista"), los términos del problema en torno a categorías no del todo aclaradas, como la "ciudad" y lo "urbano", sobre todo cuando esa misma crítica excluye en cambio oponer a una planificación sectorial (la de la residencia obrera) una planificación global (la de la ciudad y el territorio). Análisis que, por el contrario,